

Dr. Martínez

Yazmín Euvett Cardiel Gallegos



Image not found.

Capítulo 1

Una mañana como siempre, con el desazón de costumbre, tomar algún alimento para luego salir a correr; la sesión de gimnasio venía después, los clientes pagan más por los cuerpos bien delineados, ella era delgada, pero con la proporción justa para llamar la atención, diminutos atuendos y tacones siempre altos, era muy solicitada.

Vivía con la señora Olivia, como muchas, que anhelaron fortuna y lo que obtuvieron siempre fueron ganas de más, porque nunca era suficiente y ya habiendo entrado era difícil salir, no porque se los impidiera ella, sino porque ellas mismas habían encontrado en esa casa un remanso perfecto para su soledad.

Todos los martes tenía agendada cita con el Dr. Martínez. Nunca dijo su nombre, y en realidad, no hacía falta, daba lo mismo si era Juan, Roberto o Arturo, era quien financiaba su colección de zapatos.

Cada cliente tenía para ella una función, y la del Dr. Martínez era ampliar y mantener sus gustos en cuestión de calzado, los tenía de todos colores, de tiras, botas, cerrados, todas las chicas los deseaban y ella no prestaba un solo par.

Después de un baño, secar su cabello, arreglarlo, ella tenía una manera de hacerlo parecer difícil cuando en realidad no tomaba mucho tiempo en peinarlo y menos aún maquillarse, eso sí, sombras y delineadores de larga duración, una mujer con su oficio nunca sabe cómo puede desarrollarse la velada.

-Ha llegado el Dr. Martínez-dijo Sonia

-Bajo en un momento

Enfundada en un vestido corto color sangre, un escote en la espalda que de no ser bien llevado parecería vulgar, pero en ella lucía elegante. Y los

tacones negros, tan estilizados que parecía imposible la simple tarea de permanecer de pie.

-Olga, como siempre tan hermosa-decía el Dr. Martínez de pie junto a la Sra. Olivia, tomó su mano y continuó: -nos retiramos no quiero que algún caballero la observe y se desate la envidia entre las chicas

-Disfrute la velada Doctor-se despidió la Sra. Olivia con una sonrisa de satisfacción por el aspecto de ella.

Algún bar en la ciudad más próxima, la oportunidad de presumir a una mujer de impecable aspecto y torneadas piernas.

Un Martini y un whisky con agua, lo usual, y tan pronto se agotara el líquido en su vaso emprender el camino al hotel: siempre de lujo, siempre la mejor habitación, siempre servicio al cuarto solicitando frutas frescas que nunca fueron consumidas, pero cumplían la función de demostrar que ella siempre podría solicitar lo que fuera, la ilusión de que todos sus deseos serían cumplidos.

-Inclínate-el doctor ordenó como quien está pidiendo ayuda en un apuro, a punto estaba de decir "por favor" -Inclínate-repitió con un poco más de fuerza, reconociendo la falta de ella en su orden.

Las manos gruesas sobre la espalda paseaban impacientes desde el nacimiento de su cabello hasta el inicio del vestido, luego rozaron sus caderas sobre la tela, siguieron el camino a la parte delantera, el vientre y luego los senos, en ese momento buscó desesperado deshacerse de la envoltura, ella tuvo que reincorporarse para hacerlo más sencillo.

No había ropa interior, nunca la había, a menos que el objetivo fuera modelarla para quien lo solicitara.

-Inclínate otra vez-esta ocasión la fuerza de su voz no parecía suya, y le agradó.

Casi no se dio cuenta cómo desabrochó su pantalón pero lo hizo y pronto dentro de ella, la movía al ritmo que era necesario para él; unos

momentos tan rápido como era posible y cuando estaba a punto de terminar se detenía, parecía querer prolongar la culminación, probarse a sí mismo que era capaz de durar más.

En realidad, para un hombre de su edad, aquello era un gran logro, se sentía merecedor de una medalla.

Había empezado a arañarle las nalgas, ella sabía que estaba por terminar, y le venía bien, su posición frente a la cama, recargada únicamente con sus antebrazos le había comenzado a molestar, estaba a punto de quemarse la piel por el roce.

Un gruñido, sus manos llenas de sudor dejaban sus caderas para abordar su espalda.

-Puedes acostarte Olga-la voz amable volvió

Ella hizo caso, se sentía acalambrada por el esfuerzo de mantener la inclinación.

-Pedí tu fruta

Uvas, manzanas y fresas con hermosa apariencia, servidas sobre un recipiente de plata, ya llegaría el momento en que el doctor fuera al baño, por ahora estaba recostado, los brazos detrás de su cabeza, dormitaba, pero él mismo se interrumpió para ponerse en pie.

-Te lo he dicho, no me dejes dormir, aunque... ¿qué más quisiera yo que dormir al lado de una mujer tan hermosa como tú?

Cerró la puerta del baño, ella se acercó a la fruta, tomó algunas uvas y fresas, las puso debajo de la cama, regresó por una manzana y la escondió entre los cojines de un sillón, siempre que salía con el doctor lo

hacía, esa travesura le provocaba una pequeña excitación.

Regresó a la cama, ya había colectado su ropa y la de él, no encontró el pantalón, cuando salió vio que ya lo traía puesto.

-Tenemos que irnos Olguita-él había comenzado a vestirse-Viagra!! Esa pastilla es pura farsa, todo lo que hace falta es una mujer hermosa...

El comentario era siempre el mismo y la misma sonrisa pícaro que ella fingía.

Antes de dejarla, el doctor tomó su mano, ella se incomodó, ya sabía lo que estaba por decir:

-Soy un hombre viudo, tengo los medios, si tú quisieras...

-Es usted un hombre tan respetable-¿qué haría yo con alguien como usted? Pensó, y en su lugar dijo-¿qué haría usted con alguien como yo? No le convengo, búsquese alguien que merezca todas las gracias que pueda convalidarle, alguien que pueda usted llevar a dar la vuelta sin temor a ser señalado.

Antes de que pudiera contestarle ella continuó:

-Creo que ya es tarde, recuerde que tiene mucho trabajo.

No muy convencido el doctor añadió:

-Tienes razón Olga, debo irme.

Él besó su mano, inmediatamente bajó para abrirla la puerta del coche

-Buenas noches doctor

-Para ti también Olga

